

PARTITURAS DEL ÍNTIMO DECORO

RICARDO OROZCO CASTELLANOS

José Leonardo Lucero López

Estudiante de 5° semestre
de la Licenciatura en Letras Hispánicas

PARTITURAS
DEL ÍNTIMO
DECORO

Ricardo Orozco Castellanos



Ricardo Orozco Castellanos, *Partituras del íntimo decoro*, UAA, México, 2011.

*La memoria de Asunción quedó atrapada en palabras.
Hoy es una ciudad de papel, hecha con los relatos
de los sobrevivientes.
Asunción sólo revive si la imaginamos,
si la soñamos, si la nombramos.*

¿Quién podría hablar de Asunción y su gente? Su misma gente, los que día a día habitan sus casas y recorren sus calles; mas, ¿ha sido siempre el mismo lugar? Muy probablemente no, y es evidente que, aun hoy, se sigue acelerando su proceso de cambio. Entonces, ¿qué sucedería si quisiéramos revivir aquella ciudad de hace veinte años, treinta, cuarenta y, si seguimos, la de principios del siglo xx? Tú, lector, tendrías que volver en el tiempo (imposible aún) para abrir los sentidos a lo que ya no está y sentir lo mismo que sintieron tus padres, o tus abuelos, cuando pisaron Asunción (Aguascalientes) y ésta fue su hogar.

Ciertamente, este lugar que ahora pisas no es el mismo. Lamentable, pues el tiempo hace su trabajo y va dejando huellas de su paso. Acaso sólo la memoria de unos cuantos “sobrevivientes” pueda extraer un poco de aquello que ha quedado atrapado únicamente en los muros de la ciudad y que a veces rueda por sus calles. Nada más.

¿No existe, pues, forma alguna de hacer un viaje siquiera por una de las innumerables escenas de ese filme que, aunque se sigue rodando, ya no puede rebobinarse? Asunción se ha roto en varios fragmentos, en escenas que han quedado plasmadas en tinta sobre papel. He aquí que tenemos un guía que nos podrá llevar de la mano por ese viaje. La “ciudad de papel” puede ser recorrida en varias de sus antiguas esquinas, podemos entrar a las viejas casas, incluso un castillo, y podemos vernos frente a frente con sus anteriores moradores. Ricardo Orozco Castellanos se ha dado a la tarea de llevarnos de la mano por ese viaje (no menos placentero para el turista).

Pero no sólo es un viaje. *Partituras del íntimo decoro* tiene en sus escenas unos paisajes multimatizados de Asunción, de sus propios habitantes. Pareciera que a cada línea que se desprende de la historia de Orozco se va descubriendo poco a poco la ciudad detrás de esta ciudad, como si esos seres que ahora deambulan invisibles se fueran materializando hasta convertirse en las personas de carne hueso que alguna vez hicieron parte de una historia aún más grande. Se corre el riesgo de perderse en el mundo que se descubre en esos paisajes. No obstante, el autor, el guía, no nos dejará solos y, cuando sea momento de regresar, sabrá hacerlo de la mejor manera. Súbitamente volveremos a estar en el mismo lugar donde estábamos antes de emprender el viaje, pero, sorpresa de viaje incluida, es posible que después, cuando volvamos a salir a la calle, no veamos los mismos lugares con los mismos ojos.

Como viaje que es, considero prudente no llenarte la cabeza de palabrería que te pueda

arruinar la jornada, aunque, por supuesto, la fiebre del recién llegado, en su afán por contar cada detalle de lo que vio, pueda ser muy severa. La lectura de *Partituras del íntimo decoro* debe ser una experiencia personal y, como tal, a cada viajero le dará su propia cara y le dirá sus propias palabras. No me gustaría descubrir brechas que tú mismo puedes descubrir, o sacar a la luz pistas que te lleven prematuramente (precisamente por lo prematuro) a decepcionarte cuando vayas a medio camino. Es claro: tal vez sí sea útil recomendarte al guía, por ejemplo. Ricardo Orozco gusta mucho de narrar, de contar. Relatar es un placer exquisito para él. Por ello, sabrás y descubrirás que su lenguaje es rico en descripciones y metáforas, sin llegar al tedio. Ese conjunto es ya de por sí una de las bases fundamentales de su técnica para la creación de paisajes. Verás, y es conveniente que lo diga desde ahora, no sólo te estuve hablando de un recorrido espacial, ¿verdad? Tampoco temporal. Ciertamente están también las figuras humanas “materializándose” entre las líneas de tinta que corren. Entonces, tenemos también un paisaje psicológico, no sólo individual (como en “Pieza sola para saxo triste”, por ejemplo), sino colectivo (como en el caso de “Sonata en el jardín”), donde esos personajes se vuelven tan reales que es posible verlos a nuestro alrededor y percibir el mismo ambiente que ellos respiran, o respiraron.

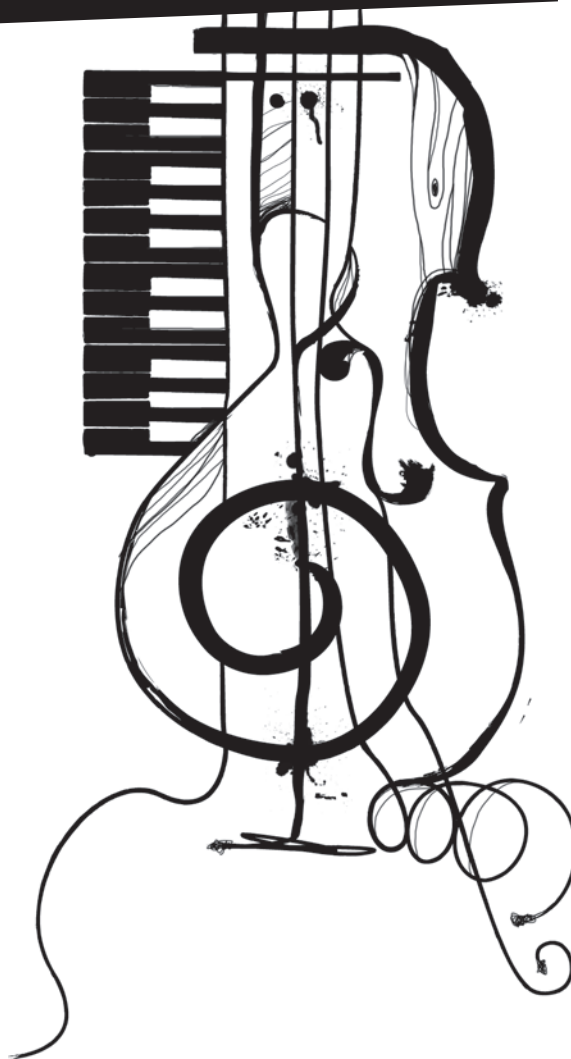
Por cierto, muy importante (acaso lo notes desde que leas los títulos de las narraciones), la música es fundamental, mejor dicho, se cuela por cualquier resquicio de la historia. Las más de las veces se sabe disfrazar del ambiente narrativo, pero cuando hay oportunidad, no duda y sale a pequeñas notas, o en torrentes de melodías. “Adagio viendo la nieve caer o los desiertos del amor” es música, “Ensayo rompe de flauta cabezas travesa”, también, y habla de música. Además que este último sorprende por su línea narrativa “armable”.

Partituras del íntimo decoro tiene dos escalas: “Partituras” y “Del íntimo decoro”. Como

si se hiciera un viaje en el tiempo hacia atrás, “Partituras”, más cercana a nuestro tiempo, comienza por poner en la frente del lector el retrato de la debilidad (y en el fondo la locura) humana en cada uno de los personajes que aparecen en escena. “Del íntimo decoro” inicia su itinerario (un tanto más extenso) con “Adagio viendo la nieve caer o los desiertos del amor”, historia de un despertar, melodía y decepción, con un sutil sabor “schnitzleriano” en su temática. Las dos historias que concluyen, “Sonata en el jardín” y “El clave bien temperado”, nos llevarán aún más atrás en el tiempo, para luego traernos poco a poco de regreso, hasta el punto donde el propio autor tomará la batuta y cerrará este concierto y este viaje.

No más. Únicamente me gustaría hacer una discreta advertencia —por si acaso—: cuidado con los saltos de tiempo. Si por alguna razón, muchas de estas historias parecen serte familiares, supongo que se debe a que hablan sobre el mismo escenario, “y es que en Asunción los tiempos se tocan en círculos concéntricos, las vidas se cruzan, los hechos se repiten, se confunden. La Historia de la ciudad es una dilatada metáfora que alude simultáneamente a las historias mínimas de sus moradores”.

El siguiente texto forma parte del libro de relatos *Partituras del íntimo decoro*, que publicará la UAA este año, con motivo del XXV Aniversario de la carrera de Letras Hispánicas.



Serenata sin alientos

Ricardo Orozco Castellanos

Acurrucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales. No dormida, no, alerta siempre, atenta a mínimos, inquietantes movimientos a ras del piso. Suspendida en sus cavilaciones de animal que ha renunciado a las libertades de la calle, pero también a las innumerables asechanzas de los demonios, Nikita no mueve ni la cola. Apenas la nariz, incesante radar que nadie advierte, le trae los aromas caducos de la cena insípida que nadie comió, los maléficos olores del baño donde casi todos los habitantes de la casa han ido a depositar sus temores oscuros, su maloliente rabia, su angustia incolora. Mudo testigo inmóvil, decidida a no moverse más de ahí, su cuerpo

enflaquecido en los últimos años impide el paso entre el comedor y la recámara que solía ser principal. Muñeca de trapo que ya no es compañía de nadie, juguete de nadie, Nikita finge dormir sus sueños de perra feliz.

Inmóvil, enmudecido por propia voluntad, decidido a no moverse nunca más de ahí, su largo cuerpo –jaloneado por la adolescencia voraz de los últimos aciagos años– impide el paso a la cocina. Muñeco de trapo abandonado que ya no es compañía de nadie, juguete de nadie. Él inmóvil, él mudo, él. Y los demonios en el aire.

En qué momento las discusiones habían subido de tono y las palabras se enmarañaron, se juntaron como engranes descompuestos, sin concierto ni armonía. Cuándo los perros rabiosos comenzaron a asediarlo. En qué momento se rompió el delgado hilo de oro del sueño y comenzó la pesadilla que se prolonga sobre los pliegues del tiempo, en las invisibles espirales del aire, y se desborda en los silencios del padre que ha pasado de los gritos a los gruñidos a las súplicas balbucientes a las calladas lágrimas. Nadie puede pronosticar cómo terminará este nuevo episodio, cuándo se callarán esos perros.

La última vez fueron necesarias horas incontables de desesperante negociación para que accediera a salir de su cuarto, para que se dignara comer un plato de sopa. Ahora, pero ya hace tantas horas, ha declarado que no comerá ni beberá, que se dejará morir así, echado en el piso, ovillado, inmóvil y mudo. Horas de horas pasaron, y nadie ha logrado moverlo de ahí. Nikita sigue inmóvil mirándolo con los ojos de su sueño infantil.

El médico de la familia estuvo lentos minutos intentando convencerlo de incorporarse para dialogar con él, para inyectarle serenidad, para al menos mirarle la cara de niño crecido a fuerza. Pero no logró nada. Se negó a contestar el saludo; y si lo oyó fingió no hacerlo. Durante esos largos, acuciantes minutos sólo se escucharon murmullos trémulos de las hermanas menores, un llanto quebrado, vencido, acaso las voces –siempre ruidosas– ahora asordinadas de Mónica y Mariana, las hermanas mayores. Esos perros ahí, detrás, ubicuos, ladrando, babeando en la espera. Qué será necesario para obligarlo a reaccionar. Por lo pronto, nadie lo sabe. La noche no parece terminar nunca. El suplicio tampoco. Los demonios siguen aquí, detrás de la puerta,

asomando sus rabiosos ojos escarlatas, acechantes, prestos a saltar como un relámpago negro sobre su cuerpo.

Tampoco sabe nadie cuándo comenzaron las pesadillas. Tal vez el día olvidado en que su madre conoció el nombre cierto de su muerte. O la tarde tan presente en que la dejaron por fin descansando en su ataúd, la angustiada tarde cuando tuvieron que desprenderse de aquel cuerpo disminuido, ya sólo cobijado por la tierra, hundido en los pliegues del tiempo, resuelto en las espirales del polvo. Quién podría hoy descifrar los caminos que inventó la enfermedad para adueñarse de él, cómo penetró en su cuerpo atormentado por el duelo la semilla del caos.

Pasó los últimos días de vida de su madre sumido en el silencio, hundido en las almohadas más blandas, durmiendo y durmiendo. Amanecía cansado de dormir. Días hubo en que durmió veinte horas y aún así tenía sueño, un sueño incontrolable, obsesivo y circular. Las fechas comenzaron a ser irrelevantes, las nociones de deberes y quehaceres se fugaron muy lejos de su voluntad. Dejó la escuela, dejó las pocas amistades con que contaba en su edad turbulenta, dejó las aficiones –le gustaba leer novelas de aventuras marítimas– para concentrarse distraídamente en la televisión, el más poderoso de los somníferos, la fuente nutricia de sus fantasías, de sus sueños, de sus pesadillas diurnas. Comenzó a dormir sin tregua, ni siquiera se levantaba de la cama para comer. Mónica le llevaba a veces un bocado que masticaba sin ganas, como quien traga una medicina obligatoria e insufrible. Adelgazó más de la cuenta.

Sólo pasados doce días del funeral, dio señales de vida. Abandonó la cama, se reconcilió con el baño, recobró ánimos para probar algo de comer. Salió a la calle, por fin, luego de aquellas crueles semanas en que sólo la atisbaba por la ventana de su recámara. Volvió a cursar el primer año de preparatoria que había interrumpido cuando decidió dedicarse al cuidado de su madre, enfermero voluntario por más de cuatro meses. Pero la semilla del caos pronto se convirtió en una planta que crecía tan veloz y disparatada como su propio cuerpo. En un par de años, su situación había empeorado. El médico recomendó consultar un psiquiatra. El padre puso el grito en el cielo: no iba a consentir locos en la familia, nunca. Jamás había aprendido a

tolerar las enfermedades ajenas. El periodo final del cáncer de su mujer le había parecido una tortura. Imaginarse ahora al hijo como enfermo mental ya no le parecía soportable. Pasó un año más de negativas y renuencias, mezcladas con frecuentes escenas en que la tensión iba creciendo como un árbol de múltiples raíces que sube seguro hacia los cielos abiertos de la locura.

Él terminó a duras penas la preparatoria. No hizo el examen de ingreso a la universidad, tampoco quiso salir a buscar empleo. Se encerró detrás de los muros de su casa a vivir una vida supletoria, hecha de imágenes de televisión y fotos de revistas. De lado y al margen, su vida transcurrió durante meses en la más absoluta inanición. Pero cada vez más frecuentes, los pleitos de familia. Por las nimiedades más absurdas: una mirada torcida, una mueca de disgusto, una palabra que caía en el caldo de cultivo de los rencores, se desataban batallas campales de insultos, berrinches, pataletas al límite de la epilepsia.

Casi siempre la brutalidad provenía del padre. Con palabras y con gestos y con golpes, según fuera creciendo su cólera, para la que estaba incuestionablemente dotado. Los hijos parecían haberse acostumbrado a esas representaciones en que las voces de todos, siempre chillantes, iban subiendo de tono hasta confundirse en un estrépito imposible de tolerar, en el que no era posible distinguir palabras, cuando mucho tonos más o menos airados, más o menos crueles.

Sus propios gritos los ensordecen, salvo a la insobornable Nikita, que tiene las orejas perfectamente hechas al griterío y al tumulto. Ya no le importa. Se refugia aburrída en el mismo rincón de la recámara que solía ser principal cuando vivía la señora de la casa.

A últimas fechas el padre ha sustituido las groserías por meras interjecciones, su rabia se manifiesta sin palabras: portazos, gruñidos, puñetazos o coscorrones, acaso de vez en cuando acompañados de dos o tres incomprensibles y siempre ofensivos adjetivos. Y luego, largos ratos de ausencia que bien podrían confundirse con siestas, acompasadas por la suave respiración, casi silenciosa, de Nikita.

A pesar de que la costumbre borra toda frontera entre lo ordinario y lo extraordinario, lo de esta noche parece el extremo. Nunca antes él había alcanzado semejantes niveles críticos. La primera solución, la que creyeron más a mano fue llamar al médico. Ante el evidente fracaso, el padre no tuvo otro remedio más que aceptar la sugerencia de llamar al psiquiatra que el médico había recomendado. Le llamó varias veces hasta por fin localizarlo.

Se apellidaba Maldonado y era de aquellos psiquiatras que habían contribuido a establecer la profesión en la ciudad apenas quince años antes. Era fundador del hospital psiquiátrico, del que seguía siendo director desde hacía años. Apareció por fin, con su anodina cara de profesional desgastado, sus huesos demasiado visibles y con esa sonrisa absurda que dejaba ver unos colmillos decididamente perrunos. Le bastó una conversación a media voz con Mónica y Mariana —el padre había caído minutos antes en un repentino mutismo, quién sabe si solidario con el del hijo, o simplemente un reflejo, como si se tratara del hermano gemelo de Nikita— para tomar la decisión más drástica: le inyectó como pudo un eficaz sedante, y pidió una ambulancia para trasladarlo al psiquiátrico. Las hermanas palidecieron, todavía lloraron, si fuera posible agregar llanto al llanto, pero al fin se rindieron. Él escuchó los ladridos, se estremeció sin mover un músculo, en su corazón cayó un bloque de hielo. Los ojos bermejos de los perros fue lo último que vio antes de sentir en su brazo los arañazos, en su cuello los afilados colmillos. La última imagen que alcanza a retener, como leve resplandor entre las sombras espesas de su mente, es el rostro casi gris de su madre en el ataúd.

El padre se encerró en su cuarto. Cuando Nikita lo sintió entrar, cerrar la puerta, deshacer las sábanas, arrojar los zapatos, echarse sobre la cama medio vestido, despertó de su vigilia de perra feliz y ladró sin mucho ánimo, segura de que de nada valdrían sus protestas. Y así fue. El hombre sólo pronunció dos palabras, ya sin cólera, ya sin fuerzas, ya sin lágrimas, como un autómata programado para decir: “cállate, infeliz”.

Acurrucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales, Nikita cuida el mal sueño de todos esta noche.

SABIO SIN PLUMA

Sabio sin pluma y Boheme: Juan Daniel Mosqueda Esparza.

